

Marcos, Krishna Katush, Marquito, El Negro, El Flaco, Gow-da...

Desperté a la música alrededor de los tres años, -sería en Mar del Plata, año 1971-, con Vivaldi sonando a todo volumen mientras mi madre trapeaba los pisos. De esas épocas guardo imborrables sensaciones de dormirme al arrullo de las rondas de canciones que en esa casa ocurrían tan frecuentemente, y de los primeros juegos teatrales en compañía de mi hermana con quien escapábamos de casa caracterizados de “pobres” para mendigar por el barrio. Seguramente ya desde antes el universo del sonido, el movimiento y la poesía se habrían abierto para mí en el abrazo del mar, los bosques y el andar pisando hojas secas bajo el sol de alguna tarde.

Mis primeras experiencias sistemáticas de aprendizaje musical ocurrieron a partir de los seis o siete años, ya en Buenos Aires, cuando en mi hogar paterno jugaba a armonizar los sonidos de mi primera flauta -un pinkuyo de tres agujeros- con los que sonaban desde el Wincofon registrados por Uña Ramos y otros maestros en el LP “El Arte de la Quena”. Apenas unos años más tarde, gracias a estas tecnologías me encuentro conviviendo con el Arte, desde el mundo de Bach, Vinicius, Atahualpa, Sinatra, Dorival, Los Beatles, Mercedes Sosa, Genesis y tantas vidas sonoras plasmadas en los discos de casa, como las tantas otras que desde los libros y las pelis habitaban mis hogares, sumándose a las interminables andanzas con amigos por el barrio, a la amistad con mi querido Río de la Plata y con los asombrosos viajes que me regalaba mi otra pasión, la Astronomía. Tan poético ha sido el tiempo de mi infancia!

Las flautas son con quienes he pasado más tiempo, y hasta estos días difícil es que no me encuentre a diario jugando e investigando modos de ser mejor artista. A partir de este vínculo, y de los tejidos con Sarita -mi maestra de música de la primaria-, Tony Bozzo -mi profe de Traversa del Conservatorio-, Carmen Soria -creadora de la “Camerata Córdoba” grupo con el que pude realizar mis sueños juveniles de integrar una orquesta- y otras cuantas personas que orientaron mi andar, se me abrieron las puertas de lo que es mi profesión desde hace más de veinticinco años.

El rumbo desde entonces y hasta hoy día, me lo marcan las personas sensibles al tiempo de la infancia, ya porque la transiten o porque la frecuenten y ejerciten en su alma. El diálogo multidireccional con quienes no están tan aferrados al sentido de las palabras y otras tantas convenciones, personas que invitan a la aventura de intentar universos para habitarlos juntos hasta que nos den las ganas. Tan generosa ha sido y es conmigo la Vida en este andar, que encuentro en mi esfuerzo cotidiano por mejorar cada uno de los proyectos artísticos y pedagógicos que me contienen, el mejor modo de decirle GRACIAS!